

CASA SALESIANA SANT JORDI

Valle de Hebrón, 256 bis
08035 Barcelona

Don Ángel Vidondo Osés

Sacerdote Salesiano

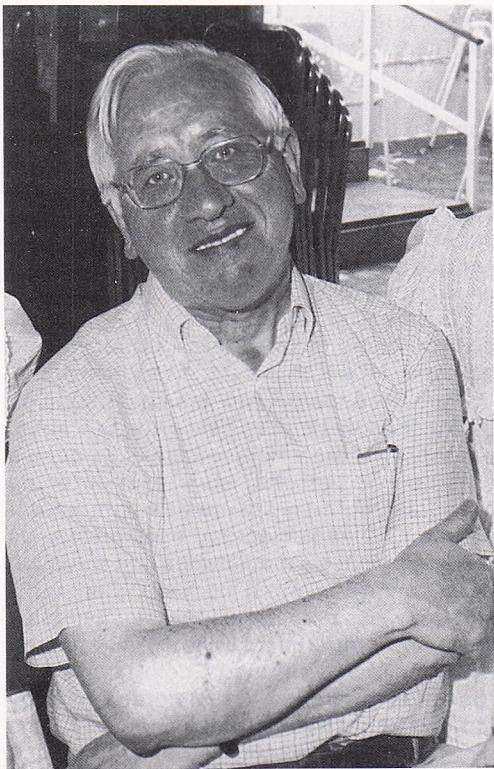
Queridos hermanos:

El día 25 de octubre pasado fallecía nuestro hermano Ángel Vidondo Osés. Tenía 58 años.

El día 12, festividad del Pilar, por la tarde, se sintió mal. Acompañado por dos hermanos de la comunidad a una clínica cercana, y entrando por su propio pie, los médicos le diagnosticaron un infarto, con lesiones muy graves en el corazón. Ingresado durante 12 días en la UCI, y tras unos primeros días de aparente estabilidad, sufrió otros tres infartos, el último el día 25 a las 7 de la mañana, sin posibilidad de reanimación por parte del equipo médico.

Ángel se nos fue casi sin darnos cuenta. Llevaba apenas dos meses en esta comunidad formadora de Sant Jordi, desempeñando el servicio de administrador. Postnovicios y prenovicios no tuvieron casi tiempo material para conocerle y participar de toda la hondura de su persona y de su vida.

Estamos acostumbrados, cada día más, a encontrarnos con la muerte en hermanos de edad avanzada; hermanos beneméritos, cargados de experiencias, de sueños y esperanzas hechos realidad. En vidas llenas de la serenidad y el sosiego propios del que ha recorrido ya el camino, dejando atrás dificultades y contratiempos; vidas, por tanto, en las que la palabra fidelidad comienza a escribirse definitivamente en el corazón amoroso del Padre y en el árbol de la vida. Estas muertes nos invitan especialmente a la admiración y a la acción de gracias al Señor



por ser el broche de vidas tan fecundas.

Pero cuando la muerte, como es el caso de Ángel, nos asalta en la plenitud de la vida, con un tramo de camino ya hecho, y un futuro todavía por hacer; cuando queda truncada la ilusión de fructificar serena y continuamente, sin grandes sobresaltos e inquietudes y con la confianza de ser evaluados en la meta desde la acogida amorosa del Padre, entonces, pienso, estamos ante una muerte diferente. Una muerte así, hermanos, nos convoca de forma más seria y vital a la reflexión y al análisis de lo que somos y hacemos.

Ángel no era un hermano que deslumbrara por ocupar altos cargos durante su vida salesiana; ni fue punto de referencia olvidado por motivos más o menos institucionales. Más bien todo lo contrario. Ha sido el servidor fiel y silencioso del evangelio; en ambientes y con tareas y trabajos marcados, muchas veces, por el anonimato. Por eso, su muerte tiene carácter de signo para toda la Inspectoría; verdadero sacramento

ante el que todos somos convocados, pues es el servidor fiel y sólito en lo poco, el que entra en el gozo del Señor... (Cf. Mt 25, 21).

Tengo que confesar, hermanos, que he compartido muy poco tiempo con Ángel: un año, cuando él estrenaba su sacerdocio en el aspirantado de Gerona en el curso 60-61, y yo era un preadolescente que intentaba ser feliz en medio de estudio, celebraciones, juegos, música y teatro; y estos dos meses en la comunidad de Sant Jordi, compartiendo la tarea de formar a nuestros jóvenes postnovicios y postulantes en el crecimiento humano, intelectual, cristiano y salesiano.

Pero el conocimiento de una persona no es cuestión de tiempo; basta que sea transparente, diáfana y comunicativa. Ángel era este tipo de persona; unos momentos de conversación eran suficientes para captar en seguida las ilusiones y esperanzas, las preocupaciones e inquietudes que anidaban en su mente y en su corazón. Con todo, agradezco las comunicaciones de hermanos que han compartido su vida y su amistad de forma más continuada, como compañeros de camino en la vida comunitaria y en la tarea educativo-pastoral. Gracias a ellos esta carta tiene un contenido más hondo y más fiel.

Ángel había nacido en Peralta (Navarra), el 4 de julio de 1931. A los 5 años quedó huérfano de padre, víctima inocente de la guerra del 36. Este acontecimiento trágico marcaría profundamente toda su vida. Su madre, como una nueva Mamá Margarita, compaginando dulzura y reciedumbre, se desvió por sacar adelante a tres hijos de corta edad. Ángel hablaba de ella con inmenso cariño y veneración entrañable; de ella heredó la bondad que le acompañaría toda su vida. De este cariño participaron también sus hermanos Ana María y Valentín, sus *hermanicos* como él les llamaba.

A los 13 años deja su pueblo y su Navarra natal, y viene a estas tierras de Cataluña en las que permanecerá hasta sus últimos días. Hizo el Aspirantado en el Tibidabo y Sant Vicenç dels Horts. En esta misma casa comienza el Noviciado, acabándolo en Martí-Codolar en agosto de 1949 con la primera profesión religiosa como Salesiano de Don Bosco. Cursó los estudios eclesiásticos de Filosofía en Gerona. En el año 1951 co-

mienza su período práctico como educador y maestro, durante cuatro años, con los aspirantes en Sant Vicenç dels Horts y Gerona, y en el colegio de San Juan Bosco de Horta (Barcelona). En 1955 comienza los estudios de Teología en Martí-Codolar; en diciembre de este año hace la profesión perpetua. Acabada la Teología, es ordenado sacerdote en junio de 1960 en el Templo del Tibidabo.

Ángel vivió su sacerdocio como educador salesiano durante 27 años, desde las responsabilidades de profesor, catequista, coordinador de estudios y director técnico. Bastantes casas de la inspectoría, en especial Badalona, Tremp, Andorra y Rocafort, saben de su preocupación por dar hondura y profesionalidad a su tarea en la escuela. Su licenciatura en Románicas, conseguida sin dejar el trabajo diario y quitando muchas horas al tiempo de ocio, y su dedicación a las lenguas (francés, alemán), son signo de una entrega total a su tarea de educador. Dedicación sólo interrumpida por el curso de Pastoral en Martí-Codolar (1975-76) y un trimestre de Formación Permanente en Campello este año pasado. Los últimos meses los dedicó a las tareas pastorales en la Parroquia de María Auxiliadora de Sarriá.

Bajo este *currículum*, aparentemente rutinario, transcurre una vida con dimensiones y manifestaciones que nos *convocan* a todos. Una carta en recuerdo de Ángel es el mejor vehículo para transmitirlas. Nos mueve, en este intento, el deseo de que su vida nos ayude a todos a dar más calidad y autenticidad a nuestra fe y salesianidad.

Ángel era un salesiano encarnado entre la gente

Sus raíces navarras configuraron un carácter recio, pero al mismo tiempo sencillo y transparente. El timbre seco de su voz no era obstáculo para una comunicación sincera, incluso a veces ingenua, perfilada por una sonrisa de niño grande, que ganaba la confianza de todos.

Este carácter navarro y peraltés cohabitó en sintonía perfecta con la cultura catalana, en la que desarrolló toda su vida salesiana. Ángel recordaba con cariño su Peralta

natal y vibraba por todo lo referente a su querida tierra navarra (acontecimientos del pueblo, fiestas...). El Centro Navarro de Barcelona fue testigo también de esta sintonía con sus raíces. Pero su ser salesiano pron-tó asimiló la riqueza cultural de Cataluña, encarnándose en ella con esfuerzos notablemente visibles. Era edificante oírle hablar catalán con su voz fuerte y bien timbrada, y con la preocupación de darle a su expresión la calidad y tonalidad propias de un estudiioso de las lenguas.

Ángel entendía perfectamente la importancia que tiene la lengua para sintonizar con las ideas y sentimientos de una cultura y una tierra, sobre todo con las personas más sencillas. Oírle hablar en catalán no sonaba a estrategia u oportunismo, sino a un talante y convicción ya asumidos: conversar para él era comunicación sincera y gratuita, poner en común la sencillez y transparencia de la propia vida. Esto hizo de Ángel un buen conversador. La gente se sentía bien a su lado; sus palabras convocaban en seguida al diálogo abierto, sin suspicacias o agendas ocultas. Incluso llevó al aula esta transparencia, no fácilmente entendida por sus alumnos de los últimos años, partícipes ya de una cultura que no hace gala precisamente de comunicación en profundidad y con sinceridad.

Ángel vivió intensamente la tarea educativa

A ella dedicó posibilidades, preocupaciones y tiempo. Casi cuarenta años de su vida salesiana fueron testigos de este quehacer educativo en la escuela. Imitando a Don Bosco, fue un *trabajador empedernido*: faceta que había calado hondo en su vida, como en la de tantos salesianos de su hornada.

Ángel se sintió siempre maestro, profesor, un auténtico *obrero* de la educación. Para ello hizo estudios universitarios y participó en numerosos cursillos sobre los secretos del proceso de aprendizaje; preocupación no siempre acompañada por el interés de los alumnos en los últimos años; lo cual le hacía sufrir. Preparaba las clases con esmero; corregía los ejercicios y tra-ba-

jos de los alumnos sin conocer el descanso de fin de semana. Su inteligencia inquieta y curiosa le llevó a cultivar su espíritu con la lectura y el estudio hasta sus últimos días; y siempre sin dejar de lado los compromisos y el trabajo diario, y sacrificando momentos de un bien merecido descanso.

Pero la tarea educativa de Ángel no se redujo al ámbito del aula, ni quedó acotada en torno a unas asignaturas; le acuciaba otro aspecto del hacer salesiano: me refiero a la *asistencia*. Los patios de muchas casas de la Inspectoría saben de su presencia educativa entre los chicos. La educación no debe mirar sólo a los resultados; es ante todo proceso, acompañamiento, relación personal; sólo así la persona del educador adquiere capacidad de convocatoria para los alumnos. La relación de Ángel con los chicos en el patio se encuadra en esta labor de acompañamiento. Era impensable verle solitario, paseando al margen de la vida estudiantil; su espontaneidad y capacidad de admiración favorecían la presencia de un grupo de chicos a su alrededor. Su persona no creaba barreras, sino confianza y sinceridad en el diálogo.

Este último año de su vida estuvo al margen de la tarea escolar como profesor; pero siempre el tema de la educación afloraba a su conversación; le preocupaba las dificultades actuales para llevar a cabo la reforma en los colegios de la Inspectoría.

Ángel fue un buen hermano de Comunidad

Su vivencia de la fraternidad dentro de la comunidad era fruto de unas actitudes y convicciones de fondo.

En primer lugar, su talante natural, hecho de sencillez, ingenuidad, curiosidad y sentido de admiración, que le hacía cercano a los hermanos, a su vida y quehacer diarios. Ángel admiraba a todos: el optimismo de unos y la capacidad de otros, la paciencia de aquél y el aguante de éste. Un sentido de admiración que se traducía en una gran capacidad para aceptar la ayuda de cualquiera, y contribuía al mismo tiempo a ganarse el afecto de todos. La transparencia de su persona alejaba de él cualquier atisbo

de celos, envidia o enemistad; delante de él nadie se sentía descalificado o humillado.

En segundo lugar, su gran sentido de la responsabilidad en las tareas encomendadas. Sus trabajos en la escuela como coordinador, jefe de estudios o secretario; el trabajo pastoral en la parroquia de Sarriá y estos meses como administrador en Sant Jordi, estuvieron siempre bajo el signo del detalle y la minuciosidad, hasta límites que siempre afectaron a su serenidad interna y últimamente también a su corazón, por naturaleza inquieto. «Me tomo las cosas demasiado en serio —me decía en la clínica—, os admiro a los que sois tranquilos...»

Pero esta fraternidad de Ángel no era fruto solamente de una disponibilidad natural o del mero cumplimiento del deber. A ella contribuyó especialmente la huella que deja en la vida comunitaria la vivencia de la propia fe y salesianidad. Ángel era un salesiano buscador de Dios, del Dios de la paz que aquietaba el corazón del hombre, y hace significativa la persona de los hermanos. «Me gustaría ser más hombre de Dios», decía.

Ángel fue un buen religioso y sacerdote

Vivió su vida de consagrado con una sencillez y austereidad ejemplares; su pobreza fue salvaje, llegando incluso a la exageración. Su sencillez en el vestido, comentada tantas veces por su familia, y el desprendimiento de tantas cosas superfluas, nos situó ante un salesiano libre y despreocupado de tantos reclamos y solicitudes con que nos envuelve el consumo actual. Más de una vez me comentaba, durante su corta estancia en esta comunidad formadora, la importancia de educar a los jóvenes salesianos en la sencillez, el desprendimiento y la templanza.

En los 29 años de su sacerdocio tuvo

siempre la preocupación de cultivar su vocación sacerdotal. Era fiel al rezo del breviario; preparaba las homilías con esmero, incluso en las eucaristías de cada día; dedicaba parte del fin de semana al ministerio de la Reconciliación. A un salesiano, amigo de toda la vida, le comentaba: «Lamento no tener más tiempo en la vida salesiana para leer la Sagrada Escritura y la abundante literatura religiosa que existe...»

*

El día de su funeral, la parroquia de María Auxiliadora de Sarriá estaba totalmente llena de familiares, salesianos y demás miembros de la Familia Salesiana, y un nutrido grupo de alumnos de Rocafort y Sarriá. Era el homenaje y despedida definitiva al hermano entrañable, al religioso ejemplar, al sacerdote celoso, al amigo siempre cercano, al maestro apasionado por la educación.

Ángel se nos fue, casi «a la mitad de la vida», a gozar de la paz definitiva en el regazo del Padre. Sus huellas se han detenido; pero a nosotros, sus hermanos de la inspección de Barcelona, nos queda la dirección y el sentido adonde apuntaban: el hacer de la vida diaria, de ése, a veces, terrible cotidiano, un tiempo oportuno; una ocasión para la entrega generosa de la vida, de forma sencilla y sin ruido, a la construcción del Reino; en esa parcela que nos ha sido asignada como salesianos: transparentar el rostro amoroso del Padre a los jóvenes, siendo compañeros de su mismo viaje. Sea en la clase o en el patio; desde el despacho o la capilla; en el tiempo libre, el suyo y el nuestro.

Que el Señor nos bendiga a todos; os pido una oración por esta comunidad formadora de Sant Jordi.

MIGUEL ÁNGEL CALAVIA
Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sacerdote Ángel Vidondo Osés.

Nacido en Peralta (Navarra), el 4 de julio de 1931.

Murió en Barcelona, el 25 de octubre de 1989,

a los 58 años de edad, 40 de profesión religiosa y 29 de sacerdocio.